

AYER ME HIZO LLORAR BENEDETTI

Ayer, en la sala que rebosaba
de público expectante y atento,
lloré, cuando Benedetti narraba
su emotivo y dramático cuento.

Era la carta de un joven a una mujer,
a aquella que, durante quince años,
suplantó a la madre que le dio el ser,
hasta que se descubrió el engaño.

Supo por sus verdaderos abuelos
que sus padres eran “desaparecidos”,
arrojados desde aviones en vuelo
o en tumbas sin nombres, desconocidos.

Lloré, se despertaron en mi conciencia,
por la intensa emotividad del cuento,
recuerdos dormidos en la distancia
que ahondaron en mis sentimientos.

Sentires que yacían invernados
en lo más profundo de mi corazón,
también perdí a un padre añorado,
en la guerra civil, en la sinrazón.

Yo, el primer año de mi infancia,
él, treinta y seis apenas cumplidos,
en tan dramáticas circunstancias
como las de los “desaparecidos”.

Me identifiqué con lo que sentía
aquel pobre muchacho argentino,
como él, soñaba con quien no conocía,
víctima de militares asesinos.

En sueños mi padre se me aparecía,
volvía ileso de alguna parte,
su muerte era mentira, fantasía,
mi alegría era intensa, reconfortante.

Pero cuando luego me despertaba
de la agradable y feliz ensoñación,
la vuelta a la realidad disipaba,
con crudeza, mi efímera ilusión.